

la producción de conocimientos y el dilema de la comunicología

eduardo andi3n gamboa

La comunicología como una identidad quebrada

Quiero tratar en este breve tiempo el tema de los afanes de la licenciatura en comunicaci3n social por acreditarse como ciencia y por lo tanto de las posibilidades de producir conocimientos o del tipo de conocimientos que le es posible producir; sostendr3 la idea de que esta aspiraci3n ha mantenido oculta en el trasfondo de sus pretensiones de legitimidad (y creo que a3n lo hace) la cuesti3n de la naturaleza tecnol3gica profesional de la carrera. Este parece ser el tema que no ha dejado de plantearse en su historia, es quiz3 su problem3tica y forma parte de su oscilante y recurrente recurso a las referencias extracampales.

Tratar3 de fundamentar el argumento de que el descuido de sus aspectos profesionales obliga actualmente a asumir el car3cter de racionalidad instrumental y por lo tanto a la necesidad de un ajuste y una ubicaci3n de la validez que tendr3 la t3cnica simb3lica en el espacio de las reflexiones te3ricas de la comunicaci3n social, s3lo que ahora reconoci3ndose como un saber tecnol3gico y no s3lo t3cnico (entendido este 3ltimo como un momento te3rico en el trajinar de la pr3ctica).

Las escuelas, la universidad y la profesi3n de comunic3logo

Existe documentaci3n suficiente para afirmar que la carrera de comunicaci3n social se funda con otras pretensiones a las de ser un saber cient3fico en sentido estricto. En sus etapas tempranas los estudios con grado de licenciatura se reclamaban como formadores de profesionales adecuados a las entonces emergentes formas de comunicaci3n modernas. En los a3os 60 las ciencias sociales entran en un proceso de institucionalizaci3n que da pie para que adquieran su determinaci3n como profesiones. (Valenti, 1990). Bajo el optimista influjo del papel del cient3fico social en el clima desarrollista de la 3poca, la actividad del comunicador profesional se torna ambiciosa y redentora. Esto no deja de ser cierto incluso bajo el embate cr3tico y pesimista de la 3poca de la teor3a de la de-

pendencia, puesto que a3n en esa concepci3n el cient3fico social (y el comunicador) seguir3n estim3ndose como agentes de transformaci3n y cambio social. Los proyectos de planificaci3n de las pol3ticas nacionales de comunicaci3n social son engendros tard3os del mismo 3nimo candoroso y omnipotente (propio de quien cree ser el interlocutor escuchado por el poder).

Las universidades que acogen y promueven la licenciatura de la actividad comunicadora logran cumplir tres de las cuatro etapas formales que constituyen el proceso de profesionalizaci3n de una actividad (Valenti, 1990, 435).

a) en primer lugar logran obtener un reconocimiento oficial de *estatus profesional*; b) m3s tarde la autorizaci3n para los egresados en el ejercicio de la profesi3n; c) en tercer lugar el establecimiento de planes de estudio, acordando objetivos de formaci3n m3s o menos definidos para la instrucci3n de los profesionales. Hasta aqu3 son dimensiones que estar3an definidas por su car3cter de reconocimiento externo, d) la cuarta fase m3s interna, es la admisi3n y elaboraci3n de paradigmas te3ricos que dirijan la organizaci3n y el contenido de los planes de estudio, en funci3n del nicho especializado dentro del mercado ocupacional de trabajo.

Un saber que se pretende con la franquicia del ejercicio especializado de la comunicaci3n social ha mantenido sus fronteras como el precario resultado de su inserci3n en las universidades, donde tiene relativamente sus formas m3s coherentes, aun cuando haya adquirido una l3gica de reproducci3n m3s congruente con la din3mica acad3mica que con la que impone el mercado ocupacional. Tal manifestaci3n es m3s perceptible en las universidades p3blicas que en las privadas, 3stas 3ltimas parecen orientadas con mayor fuerza y menor pudor a garantizar una inclusi3n m3s directa e inmediata en las industrias comunicacionales.

La inercia de una herencia te3rica

Este fen3meno de parcial y reticente integraci3n al sistema ocupacional del sector de las industrias simb3licas, puede tener una de sus explicaciones en la herencia con-

ceptual de una fase formativa del campo, que ha sido denominada como "la etapa crítica", posterior a la adopción de los paradigmas estructural/funcionalistas de sus orígenes, alrededor de la primera mitad de los 70. La fase crítica habría sido influida por la teoría de la escuela de Francfort y el radical cuestionamiento de la racionalidad y su expresión instrumentalista o técnica. De modo que la crítica a la razón instrumental habría sido dada por descontada y por ello generando un déficit en la reflexión sobre la técnica, o de haberla hecho de manera simplemente negativa. No sería sino hasta ahora que el retorno de lo reprimido, de esta omisión estaría marcando el dilema en que se encuentran las posibilidades de producción de conocimientos del saber comunicológico: ser una ciencia o una técnica.

Me voy a explayar un poco en este punto que ha gravitado en el desarrollo del discurso comunicológico. Para quien no conoce las intrigas internas de este campo, la manifestación más notoria fue el debate por la neutralidad de los medios técnicos. La oposición a esta postura ya bien consideraba que eran la benigna expresión de la moderna complejidad de las sociedades y constituían posibilidades inéditas de distribución cultural en bien de la democratización de la cultura. Ya en cambio se afirmaba, la profunda malignidad de las tecnologías materiales en lo que tenían de reproductoras de una falsa conciencia, al cosificar los vínculos sociales, por el impulso de su racionalidad esencial. Los nombres de Mc Luhan y Enzenberger emblemataron el aspecto conspicuo de ese debate. La polémica quedó abierta por inconclusa tan pronto los aires de las ciencias sociales, y la veleidad comunicológica, se orientaron hacia la caracterización del Estado y de las estructuras de dominación y de poder que vehiculaba. Pero si bien el veredicto sobre la tecnología material como mediatizadora de las relaciones sociales nos parece ahora como un poco apresurada y teóricamente ingenua, lo es por las sutilezas que aparecen en la terminología comunicológica, tales como las tecnologías discursivas, la productividad enunciadora del poder, la obligación de decir a la que nos sometía nuestra mera existencia hablante, y finalmente por la concepción del sujeto como un efecto de sentido, y por tanto con una mayor plasticidad y objeto de la tecnología simbólica de la subjetivación, aunque atrapado en una red de significación.

Las tecnologías simbólicas emergen como el instrumento más potente para derruir y transformar la realidad (que es lo que se ha dado en llamar la hiperrealidad). Dicho en palabras de un ingeniero en sistemas de programación: "nosotros no creamos la realidad sólo la inventamos" (acentuando más el carácter de proyecto que el realizador, la virtualidad actualizada que la materialidad realizada, a tono con las máquinas espirituales de la cibernética lúdica). Hay cierta fascinación pueril en este sentimiento de omnipotencia, pero también la fuerza del horror, y tiene analogía con las emociones que nos



transmite la literatura de ficción en la invención de esa otra escena imaginaria.

Existe ciertamente una derivación de esta fuerza transformadora y metamórfica de la potencia simbólica hacia la problemática de la hegemonía y la construcción de un sentido común, que encontró su expresión formal en la pesquisa por el fenómeno de la cultura popular y que ha constituido un frente en el campo comunicológico, y en un trabajo político de valoración ideológica.

Se diría sin embargo que los estudios de comunicación para estas alturas poco tienen que ver con las reglas de validación de los métodos científicos y les cabría cierta razón, ya que pareciera que responden a criterios poéticos y artísticos, cuya validez se encuentra en la veracidad y la autenticidad de la expresión más que en la verdad o la factibilidad eficiente de la ciencia y la tecnología en la producción de sus conocimientos.

La dislocación del dilema de la eficacia o la veracidad expresiva

No obstante, es ineludible constatar que la profesión de comunicador, que la actividad del comunicólogo, se inscribe en el ámbito de la eficacia e incluso es actor importante en la constitución de legitimidades y de estrategias discursivas en las luchas simbólicas por la instauración de las definiciones de la realidad. La dimensión engendradora del lenguaje en esta función política y funcional se dispersa bajo una racionalidad instrumental y estratégica, diluyéndose en una especie de práctica poética del poder.

La negligencia de la academia comunicológica en la reflexión sobre las prácticas profesionales, la denegación expresada como mera repulsa o en el consentimiento de su existencia no reflexiva; negación postergada por los anhelos de alcanzar una alternatividad siempre cooptada terminalmente, parece el saldo que ahora se nos presenta como un deterioro irreparable o como la aparente pulverización de los estudios comunicológicos que impide de

momento la integración de las condiciones para producir el tipo de conocimientos que le es dable.

Queda en consecuencia aun por realizar, en la constitución del campo comunicológico, la tarea de atreverse a pensar la tecnología profesional de los creadores de imagen, de analizar las sutiles estrategias narrativas que constituyen simbólicamente las divisiones del mundo, de vida, a desactivar el fervor clínico de una ilustración desencantada y tecnocrática, y aún los contradiscursos insolentes de la parodia y el humor como el equivalente de un desconstruccionismo popular.

Simultáneamente, queda la tarea de encarar el dilema de la indefinición científica de este saber comunicológico, desacreditado como advenedizo y oportunista. También se hace necesario afrontar la producción de sus tecnologías y su saber práctico y clínico.

Es verdad que la competencia comunicativa o discursiva es propia de un conocimiento ordinario, lego, pero habrá que darse cuenta que las pretensiones de validez científica de las estrategias de comunicación políticas han fundado su autoridad por medio de la neutralización

que les provee ese estatus de científicidad que se da por evidente, aunque siempre negado en el oficio. Se hace necesario transformar a la comunicología no en una productora de conocimientos, o en mera reflexión sobre los aspectos de su expresividad veraz, sino también dejar de ser simple procuradora de principios operativos e instrumentales, de procedimientos, de optimización de las medicaciones simbólicas. De modo que aquello que se denomina como investigación en comunicación social no ha realizado hasta ahora y apenas en sus mejores momentos, sino tecnificaciones de las disciplinas más adecuadas a la optimización de los procesos de cambio o del control de las subjetivaciones. Creo que lo ha hecho por haber eludido la responsabilidad de encarar su estatus tecnológico. No será sino hasta que se enfrente esta dimensión en el sistema ideológico de la práctica profesional de la comunicación, que podría hacerse palmario el modo como se ha invocado una legitimación basada en el mero respeto de los procedimientos más empiristas e irreflexivos y aún más riesgosamente en la seducción del carisma de un discurso vigoroso y normativo.

